

**UNA RELECTURA DEL ENCUENTRO ENTRE LA
HISTORIA DEL LIBRO Y LA HISTORIA DE LA LECTURA**
(REFLEXIONES DESDE LA BIBLIOTECOLOGÍA / CIENCIA DE LA INFORMACIÓN)

[A RE-READING OF THE MEETING BETWEEN THE HISTORY OF
BOOK AND THE HISTORY OF READING.
(REFLECTIONS FROM LIBRARIANSHIP/INFORMATION SCIENCE)]

ALEJANDRO E. PARADA

Resumen: En el presente artículo se procede a una relectura de la confluencia actual de diversos campos de estudio: la Nueva Historia de la Cultura, la Historia del Libro y de las Bibliotecas, la Bibliografía, la Historia de la Lectura, entre otras especialidades relacionadas con el universo de la cultura impresa. Las reflexiones que suscita este fenómeno se articulan desde una disciplina en particular, la Bibliotecología / Ciencia de la Información. El trabajo se desarrolla en dos partes diferentes pero fuertemente vinculadas: el «Encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura», y un conjunto de «Reflexiones sobre la Nueva Historia del Libro y de las Bibliotecas».

Palabras clave: Historia del Libro y de las Bibliotecas; Historia de la Lectura; Nueva Historia del Libro.

Abstract: In this article a re-reading of the present convergence of several fields of study: The New History of Culture; the History of Book and the Libraries; the Bibliography; the History of Reading, among other areas related to the universe of printed culture. Reflections derived from that phenomenon

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires. Puán 480, 4° piso, oficina 8. C1406CQJ Buenos Aires.
Argentina. Correo electrónico: aparada@filo.uba.ar
Artículo recibido: 01-06-2010. Aceptado: 01-11-2010.
INFORMACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD. No. 23 (2010) p. 91-115
© Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones
Bibliotecológicas (INIBI), ISSN: 1514-8327.

are articulated from a particular discipline: Library and Information Science. The work is developed in two different parts that are strongly related: The «Meeting between the History of Book and the History of Reading», and a set of «Reflections on the New History of Book and of the Libraries»

Keywords: Library History; History of the Book; Book History; History of Reading; New History of the Book; New Library History; New Book History.

1. Introducción

Nunca es una tarea estéril ni vacua el empleo de la duda para intentar construir el marco teórico de una especialidad. Lo disciplinar existe y perdura porque su teoría, móvil y siempre mutable, se sustenta en su propia instrumentación. Todos sabemos, aunque los bibliotecarios poseen una marcada vocación por la creación de sistemas taxonómicos de excesiva racionalidad, el carácter limitado y parcial del conocimiento histórico. Sin embargo, la limitación y la parcialidad, elementos inherentes a la búsqueda de la posible verdad, de ninguna manera constituyen un obstáculo en la implementación del saber. Es más, su presencia nos hace más humanos en el momento de relacionarlos con los textos y sus sensibilidades solapadas.

Entonces, no es ocioso para un estudiante de Bibliotecología / Ciencia de la Información preguntarse, en el plano de un ritual casi ontológico, ¿qué es la Historia del Libro?, ¿para qué se estudia?, ¿para qué sirve? Por supuesto, como la realidad histórica es tan inagotable como equívoca, y la participación del historiador tan inasible como recóndita la intencionalidad que esconden los documentos, esta interrogación inicial es una tarea signada por la imposibilidad y el desasosiego (Marrou, 1985). Pero esta desmesura del desasosiego es más aparente que real. Ya que en sí misma constituye el punto de partida que culminará en un conjunto de respuestas provisionales y efímeras. De ahí, sin duda, la constante necesidad de responder, porque en ello casi se juega una elección de vida, sobre la identidad fundadora de nuestra actividad profesional.

En esta primera instancia, es oportuno comenzar con una cuestión en apariencia simple: ¿por qué la importancia actual de la Historia del Libro? Roger Chartier responde a esta demanda en forma precisa: debido a la presencia, a la «resistencia», de la dimensión textual en los nuevos medios de comunicación, sean impresos o virtuales (Cue, 1999: 19).

No es nuestro objetivo trazar un panorama de la historia de la Historia del Libro, esto es, una especie de relato de segundo grado. Empero, aun en un área de debate, se puede sostener que esta disciplina, junto con la Bibliografía, son las materias que brindaron el mayor aporte a la construcción de la moderna Bibliotecología. Si esta tiene un pasado, este pasado se identifica plenamente con la Historia del Libro y la Bibliografía. Los amantes de la cultura en la Antigüedad, tal el ejemplo de Justus Lipsius (1907 [1607]), se abocaron al estudio, más o menos profundo, de las grandes bibliotecas del pasado; y los bibliógrafos (ya lo hacían antes de que existiera la imprenta), se esmeraron por registrar y enlistar la nueva producción impresa que se sumaba y acoplaba a la civilización manuscrita, como lo atestigua la famosa *Bibliotheca universalis*, de Konrad Gesner, editada en Zurich en el año 1545 (Sabor, 1979: 136). De modo que los historiadores y los bibliógrafos fueron los primeros en pensar el universo de las palabras registradas desde otra óptica. Y este modo histórico de observar la realidad del libro y de las bibliotecas en secuencias continuas, por un lado y, por otro, el ejercicio de controlar la identificación material del mundo de la edición condicionaron, fuertemente, el nacimiento de nuestra profesión. Cuando Gabriel Naudé (por supuesto, hay ejemplos anteriores) escribió lo que se puede considerar como el primer tratado del arte bibliotecario, su citado y poco leído *Advis pour dresser une bibliothèque* (Naudé, 1963 [1627]), estaba ya influido por estas dos vertientes: el pensamiento histórico y la necesidad del orden de los libros.

Esta situación, sin duda de vanguardia creadora en el momento de fundar nuestra profesión, se mantuvo incólume y estancada durante siglos. Limitándonos solo a nuestro objeto de estudio, el relato historiográfico sobre el libro y las bibliotecas fue un discurso de «hechos», de índole fáctica, cuyo clímax se manifestó rotundamente cuando el positivismo pretendió que el método de las Ciencias Naturales explicara el comportamiento de las Ciencias Sociales. La historia de los libros y de las bibliotecas era un conjunto de datos que debían desarrollarse según su importancia «comprobada» en el acontecer de los hechos. Todo aquello que no respondiera a la constelación fáctica, como los sentimientos, los gestos, las emociones, no eran dignos de ser historiados por su inexistencia testimonial, es decir, por su falta de documentación concreta.

Pero esta sesgada concepción tuvo consecuencias aún mayores. Pues hacer Historia del Libro y de las Bibliotecas era, precisamente, exponer la evolución y la producción del libro en los diversos períodos históricos. Y en el caso de las bibliotecas, se proponía el discurso cronológico sobre «los acontecimientos importantes» (incremento de la colección, formas de organizar los libros, administración y cuidado de las obras, etc.) que hacían al desarrollo o a la supervivencia de cada biblioteca. Esta Historia del Libro casi lineal, que no tomaba en cuenta la ambivalencia cultural y sociológica de todo artefacto hecho por el hombre, incluso desplazó a la Historia de las Bibliotecas a un segundo plano, ya que la Historia del Libro se convirtió en una macro disciplina que incluyó a aquella.

Recién a mediados del siglo XX sucedieron tres hechos que, a la postre, terminarían por cambiar esta dirección. En primer término, la aparición de los estudios cuantitativos y seriados del libro en Francia, donde la estadística, en procesos de larga duración, aportó guarismos o tendencias hasta la fecha no tenidos en cuenta en la Historia del Libro. Luego, la publicación de una obra que incorporaba los aspectos sociales, económicos y comerciales del libro, *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin (1958). Finalmente, el florecimiento de la Historia Social a partir de una revista cuyo marco teórico fue fundacional: la escuela de los Annales, esto es, la «nueva historia», que se agrupó en la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Esta concepción historiográfica que impulsó la denominada *histoire totale* constituyó, en última instancia, una reacción al modelo de historia propuesto por Leopold von Ranke, quien sostenía que los sucesos políticos eran el objeto de la Historia. Por el contrario, la escuela de los Annales, en cierto sentido amplio, extiende su campo histórico a todas las actividades que llevan a cabo los hombres en una sociedad determinada, deja a un lado la narración de los acontecimientos en aras del análisis de las estructuras, instala su mirada en el acontecer de los «sectores populares» («los de abajo»), cambia el paradigma de los documentos originales en los cuales se basaba la historia tradicional (por ejemplo, incorpora los testimonios orales y visuales), duda de la prescindencia en la tarea del historiador, cuestionando así el principio de objetividad, y centra su interés en el universo de la investigación interdisciplinaria (Parada, 2009: 30; Burke, 1993: 11-19).

Pero no es necesario detenernos en demasía en estos conceptos y caer en una redundancia de amplia difusión académica, pues Roger Chartier ha esbozado este tópico, en detalle y profundidad, en su clásica contribución «De la Historia del Libro a la Historia de la Lectura» (Chartier, 1993: 13-40). Aquí lo que nos interesa tampoco se centra en una novedad, sino en dos aspectos que deben ser resaltados para aquellos que se inician en estos estudios. En primer término, la Historia del Libro no había tenido en cuenta el hecho de que la construcción de un libro implicara un cambio de articulación en el discurso de la obra. Es decir, que la materialidad que sustenta el soporte del libro como artefacto (selección tipográfica, disposición e imposición de los textos, configuración de la página, entre otros muchos aspectos) constituye una reconfiguración y alteración que influye en la esencia misma de la lectura (McKenzie, 2005; Warner, 2001). Esta puesta en escena de la corporeidad de una obra es otra forma de leer detrás de la lectura. El segundo elemento a tener en cuenta, y acaso uno de los más innovadores, es la aparición del lector como materia de análisis. Esta figura estaba ausente en la Historia del Libro, a pesar de que sin él la cultura manuscrita e impresa hubiera sido un páramo sin sentido.

Al surgir los lectores también aparecieron nuevas y complejas realidades. ¿Cómo rastrear e identificar las improntas o los indicios de lectura que nos han dejado los lectores? Porque leer connota una abstracción y una vivencia existencial del individuo de difícil aprehensión. Los documentos que fijan las

emociones vivenciales de la lectura son, sin duda, escasos, pero no imposibles de hallar y someter a análisis cualitativos. No son, en general, pruebas contundentes y fehacientes de lo que puede sentir, interpretar e imaginar una persona absorta en la seducción de las imágenes que suscita una obra impresa, definida muy acertadamente por Robert Escarpit «como una máquina de leer» (Escarpit, 1968: 15). Pues el libro es eso y mucho más, ya que también constituye una maquinaria que produce lectores, una especie de hacedora de disímiles lectores a partir de una sola partitura textual.

¿Cómo conquistar, pues, esta indeterminación que es el centro mismo del leer? Para ello se han implementado distintas metodologías. Roger Chartier ha presentado, a partir de la Historia de las Mentalidades, una aproximación al estudio de las representaciones y de las prácticas culturales (Chartier, 1999). Robert Darnton, en cambio, se ha preocupado por rastrear «las respuestas de los lectores» en documentos que la historia tradicional no había tenido en cuenta y, en particular, por construir, a través de ellos, un contundente relato interpretativo con raíces en distintas disciplinas de las Ciencias Sociales (Darnton, 1993 y Darnton, 1998 [1984]). Carlo Ginzburg, por otra parte, posicionado en procedimientos del psicoanálisis freudiano, ha instrumentado «el método indiciario» para indagar, casi antropológicamente, las huellas de los lectores en la Microhistoria (Ginzburg, 2010 [2006]; 2004 y 1999 [1976]). Y los innovadores enfoques sociológicos de Armando Petrucci, que contribuyeron a crear una nueva Paleografía han permitido establecer las sorprendentes relaciones que existen entre el poder y las habilidades para escribir y leer (Petrucci, 1999 y 2003).

Estos aires de cambio revolucionario en un área tan antigua y conservadora como lo ha sido tradicionalmente la Historia del Libro señalan, precisamente, su lozanía y capacidad de renovación. Estamos ante una asignatura cuya crisis es de índole reparadora e inclusiva. Pues la primera respuesta que se puede intentar ante la pregunta: ¿para qué la Historia del Libro?, sin duda, se centra en su capacidad de incluir a los lectores entre sus diversos objetos de estudio. En un sentido filosófico digno de un sistema lindante con las construcciones hegelianas, la Historia de la Lectura es una aparente «continuidad» de la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Su razón de ser y su identidad se manifiestan en el universo manuscrito e impreso y, por una razón lógica, debe insertarse, al menos en tanto no sea una materia con identidad propia, dentro del ámbito de la Historia del Libro.

Pero aquí se abren otros debates que es oportuno abordar. Y no debemos contrariarnos por estos «estados dubitativos», ya que, como en la mayoría de los estudios humanos, su conocimiento se halla impregnado por conjeturas. Lo fascinante de las Humanidades y las Ciencias Sociales subyace en su falta de certeza y en su vocación utópica por arribar a una «verdad» siempre de cariz provisional. Nuestra matriz de trabajo es la duda y con ella, o por su intermedio, se intentan explicaciones racionales que posean cierta coherencia con el pasado

y su comprensión. O aún más, en esa búsqueda de la Verdad (siempre una quimera), reformularnos los fundamentos de una hermenéutica filosófica sumergida en nuestra ambivalencia ontológica (Gadamer, 1984).

2. Encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura

Por lo tanto, podríamos hacer otra interrogación: ¿la Historia del Libro es una materia que necesariamente debe estar dentro del programa académico de la Bibliotecología / Ciencia de la Información? En los inicios de este artículo se había planteado, ex profeso, la importancia decisiva que ella tuvo, conjuntamente con la Bibliografía, en la construcción de la profesión bibliotecaria. Y esto no fue presentado en forma ociosa o caprichosa, ya que a comienzos de la última década del siglo XX, cuando el neoliberalismo atacó la esencia de servicio social y comunitario de las bibliotecas en aras de obtener una rentabilidad económica de estas instituciones, se levantaron muchas voces que negaron y expulsaron a la Historia del Libro de los planes de estudio bibliotecarios (Harrison, 1994), acusándola de inutilidad y de ser una rémora para «el fin de la historia» en el cual estábamos inmersos (Fukuyama, 1992). Varios bibliotecarios, entre ellos Michael H. Harris, se vieron en la necesidad de alertar sobre el peligro autodestructivo que implicaba esta posición «antihistoricista» (Harris, 1992). Entendiendo este término en su forma brutal y rotunda: la negación de la memoria de la humanidad. Porque, en definitiva, el antihistoricismo encubre una posición autoritaria y el extrañamiento de lo humano de su anclaje con el pasado.

Sin embargo, esto fue una fiebre de verano. El «descubrimiento» del lector, ahora en un primer plano, ocasionó, pese a todos los falsos augurios contrarios, un extraordinario resurgimiento de la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Y muchos historiadores que pocos años atrás observaban su definitiva desaparición con autosuficiencia negligente, no tuvieron otra alternativa que abandonar su estupor contrario a la Historia y aceptar que el pasado se enlaza, inequívocamente, con el vasto territorio que la Historia traza con su profundo surco en el presente.

Este nuevo cambio de dirección se fortaleció con otras demandas más urgentes que hasta el momento no habían tenido incidencia: la crisis del reinado del autor y el auge de la Historia Cultural. El término «New Cultural History», título del libro colectivo compilado por Lynn Avery Hunt (1989), demostró las numerosas vertientes de este campo de estudio. Un lugar donde el análisis cualitativo desplazaba o enriquecía a los proyectos exclusivamente cuantitativos, y en el cual se entrecruzaban disciplinas tales como la Lingüística, la Crítica literaria, la Sociología, la Antropología, la Microhistoria, la vida cotidiana, el marxismo y la «historia de los de abajo», la Psicología, la Bibliografía, y la teoría de las representaciones de los individuos. Asimismo, se acentuó un antiguo tema que había inquietado a numerosos críticos literarios y filósofos de la segunda mitad del siglo XX: el problema acerca de la paternidad de la autoría de una obra.

¿Quién o quiénes, en definitiva, construyen el universo textual de un libro? La reflexión sobre la autoría agrupó a distintas corrientes de pensamiento (New Criticism, Bibliografía Analítica, Sociología de los Textos, Teoría de la Recepción), así como los aportes de Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jans Robert Jauss, Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov. De modo que, en no mucho tiempo, surgió la idea (acaso más igualitaria, pero no por ello menos inquietante) del libro como un artefacto coral y orquestal. Un libro, pues, es una estructura material donde se encuentran las voluntades creadoras de muchos; por lo tanto, una obra es una tarea compartida entre el autor, la corporeidad física donde se «posiciona» el texto, los universos interpretativos y las prácticas de los lectores, y aquellos que «hacen» a la construcción y a la distribución de la cultura impresa (tipógrafos, editores, libreros, bibliotecarios, etc.) (Parada, 2009: 33-34).

Los modos y las operaciones de hacer la Historia del Libro, indudablemente, sintieron esta fuerte sacudida historiográfica y, en consecuencia, surgió una gran cantidad de obras cuyas hipótesis de trabajo trataban de capturar aspectos de la edición y de los lectores que hasta la fecha no habían sido asumidos. Es imposible, en el presente artículo, enlistar el derrotero de los títulos más importantes, ya que suman en su totalidad una bibliografía excesiva. Sin embargo, resulta de interés citar dos de ellos, pues su relativa proximidad en el tiempo, no solo manifiesta la evolución de estos estudios sino que, además, constituye una prueba del largo proceso de búsqueda que derivó del interés, en el universo del libro, hacia el conocimiento de los lectores y sus mundos. Nos referimos a la *Histoire de l'édition française*, dirigida por Henri-Jean Martin y Roger Chartier (1983-1986); y la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, coordinada por el propio Chartier y Guglielmo Cavallo (1998). Lo interesante de estas contribuciones fundamentales se afirma en el hecho de que el objeto de estudio es, además de la edición y del lector, el intento de identificar y comprender los usos impresos y los lectores desde un punto de vista que, en gran parte, es heredero de la civilización manuscrita.

Pero esta situación no hace más que puntualizar la complejidad en la cual se halla hoy inmersa la Historia del Libro, otrora una asignatura enumerativa, ya que la Historia de la Lectura ha sido para ella una especie de «Big Bang» que ha expandido sus estudios de manera insospechada. Dicha expansión temática, pautada por los estudios de la edición y de los lectores, entre otros muchos, puede sufrir derivaciones aún más complejas. Pues ya no se titubea en afirmar, tal como lo hemos observado en Chartier, que esta materia trocará su añoso nombre por el más moderno y pujante, precisamente, de Historia de la Lectura. Así, en este final no esperado por muchos investigadores, la Historia del Libro termina subsumida y, por qué no, conquistada por aquella.

¿Esto es posible? ¿Se avanza hacia una absorción total de este tipo? ¿El cambio en el cual nos encontramos insertos implica, en forma taxativa, una mutación de tal magnitud que es necesario pensar en una nueva disciplina?

Ante todo, una aclaración de índole conceptual, ya que, al menos en este panorama, hay una apreciación sin retroceso: los lectores están aquí para quedarse, para demandar sus derechos y gestualidades tantas veces postergadas, porque bajo ellos ya no solo imperan las improntas de los poderosos, de las elites ilustradas y de las autoridades que ejercen el poder, sino que palpita el murmullo del pueblo y los reclamos de la ciudadanía.

Empero, el mérito de la Historia del Libro tradicional es haber asumido el impacto de esta presencia dentro de sus áreas de investigación, sin dejar a un lado, debido a un rico patrimonio sustentado en una larga herencia cultural, la sostenida concienciación de que, sin la historia de los lectores, no se puede concebir su propia existencia. En cierta medida, y aunque parezca paradójico, cuando la Historia del Libro vegetaba la decadente somnolencia de las descripciones fácticas y cuantitativas, y motivaba la reacción y emergencia del mundo oculto de los lectores, tuvo la capacidad de aprovechar esta oportunidad para vigorizar y animar su propio campo que estaba caracterizado por la monotonía de sus contribuciones. Por otra parte, y este punto es capital, se plantea una nueva cuestión: ¿la Historia de la Lectura, entonces, dónde podría incluirse si no fuera en el universo académico de la Historia del Libro?

En este contexto, la pregunta sobre la posibilidad de la Historia de la Lectura como un sector del conocimiento independiente dentro de las Humanidades y Ciencias Sociales, y que, por añadidura, tienda a superar la Historia del Libro, constituye una discusión aún por zanjarse. Ante todo, es oportuno identificar los requisitos epistemológicos indispensables para que un área de estudio pretenda ser reconocida como una especialidad definida. Son muchas las variables a tener en cuenta en este caso (Romanos de Tiratel, 2002: 104-105). En líneas generales, y en una selección sesgada, pero no exenta de utilidad, es factible pretender que una disciplina manifieste «su razón de ser» a través de un campo de trabajo circunscrito a sus intereses curriculares, que posea una terminología de uso e identidad propias, que desarrolle su propia metodología de investigación, y que reflexione sobre su «quehacer» basándose en un cuerpo teórico.

En este particular, ¿qué sucede con la Historia de la Lectura? Su campo de estudio, si bien abocado al universo de los lectores, se presenta como un lugar disperso y heterogéneo, de complejo asedio y de fronteras móviles. Ya que el interrogante ¿qué es un autor?, tiene su correlato inevitable en otra incertidumbre no menos contundente: ¿qué es un lector? Porque la lectura no se manifiesta exclusivamente en el acto de leer. Esto es, no se agota en la reflexión de su proceso de abstracción o, en el caso contrario, en la materialidad de sus significados según los soportes y las decisiones editoriales que «ponen en escena» el juego de las textualidades discursivas.

La lectura es implícitamente polivalente y sus modos inefables, tal vez, escapan a toda comprensión. ¿Es posible especificar el grado de emotividad, de

sensibilidad, de repercusión física, de gestualidad que puede ocasionar el acto de leer? Roland Barthes no duda en sostener que en ella también reside un acto fisiológico (Barthes, 1987). De modo que el objeto de estudio denominado lector es, en sí mismo, un enigma, una entidad desbordante cuyos límites son, precisamente, «lo ilimitado». Y esta inmensa peculiaridad de la Historia de la Lectura es, en particular, el objeto de su estudio. Una materia signada por lo inmensurable y por la vastedad de sus temas en el momento de la investigación.

No obstante, la condición del lector como «tópico huidizo» no es un obstáculo para su análisis e interpretación. Los lectores, en mayor o menor grado, dejan distintos documentos o, en palabras de Ginzburg, indicios o huellas, en las cuales es posible recuperar, al menos en parte, sus prácticas o hábitos. Lo importante es destacar que todavía la Historia de la Lectura se encuentra en un proceso de delimitar, con mayor exactitud, su geografía de estudio, debido al carácter elusivo de la lectura.

Acaso, en esta instancia, no sería temerario sostener que dicha ausencia de precisión es una característica inherente a su propia idiosincrasia curricular. Así, y tal como se nos presenta la diversidad de sus abordajes, pretender un campo definido para la Historia de la Lectura sea, en el mejor de los casos, una utopía y, en el peor, un arrastre del positivismo en su clamorosa persistencia por definir y medir los fenómenos humanos con la vara cuantificable de las ciencias.

Todo esto nos lleva a una conclusión, que quizás pueda ser provisional y eventual, al menos por ahora, de que esta temática puede aspirar a crecer y a desarrollarse como una disciplina sin un objeto de estudio definido. Por lo tanto, en este punto, no sería audaz sostener que la Historia de la Lectura es una disciplina en construcción, o un proceso en «estado de variación» antes de nombrarse como tal. Dentro de la contemporánea Sociología y Filosofía de la Historia la fragmentación de intereses y «zonas» de aplicación no resulta una novedad (Frisby, 1992) y, de hecho, la Historia de la Lectura no escapa a las aproximaciones fragmentadas o fractales de la realidad moderna (Chartier, 2008: 23 y 2010).

La terminología, por otra parte, es un problema candente para los historiadores del lector. Los términos empleados se caracterizan por su relativa falta de precisión. Pues resulta estéril definir, con cierta certidumbre, los significados concretos de vocablos tales como «prácticas», «representaciones», «apropiaciones», y otros similares. Son palabras que tienen su raigambre en la Historia de las Mentalidades, e hicieron eclosión a partir de los ensayos de Roger Chartier. El complejo giro lingüístico de la Historia de la Lectura se encuentra parcialmente cercado por su empleo indiscriminado. En más de una ocasión, Robert Darnton ha criticado, y al parecer con fundamento, la imprecisión de esos conceptos. Esto se debe a la «idea» o concepción que cada investigador tiene de ellos cuando pasan a la esfera de la escritura, lo que se patentiza en la falta de consenso común en el momento de utilizarlos (Chartier, 2008: 47). La

carencia de una terminología definida en la Historia de la Lectura demuestra o, más bien, llama la atención, sobre el relativismo que pueden ocultar sus interpretaciones.

En cuanto al orden del método científico, las producciones sobre las vicisitudes de los lectores no se diferencian de las metodologías de investigación habituales en las Humanidades y en las Ciencias Sociales. Sin ninguna atenuación, se apela al método histórico, al comparativo, al cuantitativo, al cualitativo, a las entrevistas de la Historia Oral, a la ecdótica y la crítica literaria, etc. Así pues, existe una gran variedad de procedimientos en la Historia de la Lectura para arribar a la demostración de las hipótesis propuestas. Empero, por su ambigüedad de tópicos y por el carácter escurridizo de sus objetos de análisis, tiende (como necesidad perentoria de supervivencia) a usar el método interpretativo. Nos referimos al ya citado «método indiciario» de Carlo Ginzburg, cuyo desarrollo se basa en «la pista o huella» que permitirá llegar a una «verdad razonable y coherente» para explicar un problema mediante una deducción personal y cualitativa. Como observamos, también en esta instancia nos persigue el relativismo.

Finalmente, ¿qué sucede con su corpus teórico? Es decir, ¿la Historia de la Lectura se encuentra articulada en la teoría? ¿Existe la reflexión metódica sobre aquello que resulta esencial a su existencia y a su mismidad ontológica fuera de sus aplicaciones «prácticas»? En realidad, salvo ciertos intentos de Chartier en aras de elaborar las bases mínimas de este corpus, con el aporte del concepto de las «representaciones culturales» (un término próximo, pero a la vez distinto, de la «antropología simbólica» y de «la interpretación de las culturas» de Clifford Geertz [1990]), el resultado todavía es exiguo. Quizás lo que más se aproxima a una formulación teórica sea la revisión introductoria de Lynn Avery Hunt en su *New Historical Culture*. No obstante, hay que insistir en que el trabajo de Hunt es el «estado de la cuestión» de un momento de la historiografía en las Ciencias Sociales y que, sin lugar a dudas, se basa en la praxis para luego llegar a una serie asistemática de conclusiones teóricas.

Pero la ausencia de teoría, en realidad, manifiesta un aspecto peculiar de la Historia de la Lectura. Aunque parezca una situación ajena a sus propósitos, esta disciplina se afianza en la búsqueda de los sujetos lectores. Individuos y ciudadanos que en forma vedada o encubierta, inequívocamente, operan, manipulan y dejan sus indicios materiales sobre los variados soportes de lectura. De modo que lo corpóreo del libro como artefacto para leer es, por contundencia, una manipulación física. Lo enriquecedor en la Historia de la Lectura es que su práctica constituye su propio bagaje o equipamiento de teoría. En esta instancia, acaso solo nos resta reconocer (no justificar) la dialéctica creadora que se instala entre la esfera teórica y sus fenómenos materiales.

La relación entre praxis y aspectos teóricos puede resolverse, quizás en un futuro muy lejano, en una Filosofía de la Historia de la Lectura. En este caso

específico, resulta imposible o, al menos, poco probable, la articulación de un pensamiento filosófico en un campo cuya mayor característica es «lo elusivo». Pero lo ambivalente forma parte, tomemos por ejemplo la duda cartesiana, de una dimensión del pensamiento filosófico. Y nuevamente nos hallamos, por lo menos en un aspecto, en una especie de espejismo contrario, en el cual se presenta un caldo de cultivo para intentar la empresa de construir un intento filosófico de esta disciplina.

Sin embargo, debemos volver al ámbito de la Bibliotecología / Ciencia de la Información para rescatar la instrumentación de una epistemología de la Historia de la Lectura. Porque parte de la intención de este trabajo es recuperar la mirada del bibliotecario en la Historia de la Lectura, ya que hasta ahora solo hemos escuchado a los historiadores, a los sociólogos, a los antropólogos, a los críticos literarios, a los lingüistas, y a los filósofos.

¿Y cuál es la mirada de los bibliotecarios? ¿O acaso los bibliotecarios nada tienen que ver con los lectores? El deber ser de los bibliotecarios es luchar por sus derechos cotidianos de diálogo e intimidad con los lectores. Nadie más próximo a los lectores que ellos. Seamos francos, ¿qué comparte e intercambia, en la vida cotidiana, un antropólogo o un filósofo de aquello que anhelan los lectores, por ejemplo, en esa zona de extraterritorialidad lectora que es una biblioteca?

Es aquí donde nuestra profesión, al tomar el concepto de «epistemología social», propuesto por Margaret E. Egan y Jesse H. Shera en el área de la Bibliografía a mediados del siglo XX (1952), y retomado recientemente por John M. Budd (2004), tiene la oportunidad de brindar un sostén teórico y filosófico a los estudios sobre los lectores y sus prácticas. Una apoyatura en la cual la Historia de la Lectura podría convertirse en una instancia real para generar conocimiento, ya que sus investigaciones se encuentran dentro del sistema integral «de producción, distribución y de utilización intelectual» de los productos y artefactos culturales. En esta ocasión, la Historia de la Lectura, al igual que la Bibliotecología, al manipular documentos que contienen «información registrada», está en condiciones de producir nuevos conocimientos que representan a la sociedad y al acontecer político del hombre. Tal vez por esta vía, que se plasma en detectar los aspectos de «epistemología social» comunes a ambas disciplinas, se podría manifestar un escenario de integración, un lugar de yuxtaposición y de encuentro, donde el empleo de términos tan ambivalentes como «representaciones culturales» o «apropiaciones lectoras» se centre en el análisis de identificar el proceso de producción de ese «conocimiento público» (Ziman, 1968; Bloor, 1991; Mackenzie y Wajcman, 2002) y social a que debe aspirar todo campo de estudio con una verdadera vocación científica. Porque la Historia de la Lectura, aunque limitada por sus necesidades de interpretar cualitativamente los documentos que los lectores dejan de sus lecturas, no debe claudicar, precisamente, en la búsqueda de un saber ajustado a la coherencia

racional de la realidad y al intento de comprenderla y explicarla, siempre bajo la mirada subjetiva del historiador (Marrou, 1985).

A esta altura se impone una breve recapitulación de la presente contribución. En líneas generales, se ha sostenido la importancia singular de la Bibliografía y de la Historia del Libro en la configuración de la Bibliotecología / Ciencia de la Información. Luego de analizar estas asignaturas como el basamento incipiente de nuestra profesión, se señaló que la Historia del Libro, durante un largo período, se instrumentó a través de un discurso fáctico y fuertemente descriptivo, cuyo epicentro fue el exclusivo análisis del libro, y que absorbió así a la Historia de las Bibliotecas. No obstante, cometió un error o una displicencia clave para su propia existencia como materia de estudio: dejó a un costado a los lectores, como si estos, por su aparente condición subalterna en la creación intelectual y material de una obra, no tuvieran las capacidades mínimas para ser historiados.

En un segundo momento, la irrupción de la Nueva Historia de la Cultura, hizo tambalear esta sólida estructura, con tal intensidad que el aporte de una gran variedad de disciplinas, provenientes de las Ciencias Sociales, encumbró a la Historia de la Lectura como una alternativa para sustituir a la Historia del Libro. La mencionada revolución de los lectores, entre otras causas, puede atribuirse a la concepción del libro como máquina de leer pero, además, como artefacto para generar lectores múltiples y diversos, dueños de experiencias intransferibles de uno a otro individuo.

A continuación, se manifestó que esta nueva disciplina debía, necesariamente, recurrir a la Historia del Libro debido a su proximidad de intereses y, en especial, para definir lo que se puede llamar un conflicto de crecimiento en pos de su identidad. Lo interesante es que la Historia de Libro puede asumir y compartir sus créditos con la Historia de la Lectura, por su condición de asignatura reparadora e inclusiva.

Finalmente, luego de abordar otros planteos, se trató de delinear los requerimientos indispensables que debe cumplir toda materia de estudio que aspire a poseer un estatus académico. Y se llegó a la conclusión provisional de que la Historia de la Lectura es una disciplina en franca construcción, en cuanto a que aún se encuentra en la tarea de definir su propia terminología y en la de circunscribir con mayor exactitud su objeto de estudio. A continuación se señaló su deuda en la gestación de un marco teórico y filosófico. Una deuda que también constituye una positiva crisis de construcción, ya que representa los elementos indispensables para tener una plena vocación racional que pueda alejar algunos de los riesgos del relativismo cultural.

3. Reflexiones sobre la Nueva Historia del Libro y de las Bibliotecas

Dentro de este contexto integrador, entonces, ya fuera del universo del lector, ¿cuáles son los elementos más distintivos de la Historia de la Lectura? A nuestro criterio, siempre en una postura preliminar y mudable, son la interdisciplinariedad y la ampliación del campo documental. Sin la concurrencia diagonal de la Historia Cultural, la Sociología, la Antropología, la Filosofía, la Literatura, la Bibliografía, la Lingüística y la visión de la vida cotidiana y de los sectores postergados, la Historia de la Lectura no sería lo que hoy es. La Historia de la Lectura en su desarrollo como área de estudios, bien puede ser la historia de la parcelación y la interrelación de varios saberes, de ahí su condición multidisciplinar, es decir, una especie de elogio de la fragmentación cultural.

Este apasionante campo de estudio, por añadidura, ha contribuido a hallazgos inesperados: el rescate de documentos antes desdeñados por los investigadores. Dicha ampliación del terreno documental ha permitido incursionar en numerosas fuentes inexploradas donde los lectores han dejado «las marcas» de sus prácticas lectoras.

Resulta de particular interés enumerar algunos de los documentos originales a los cuales se puede recurrir para contestar la pregunta que ya nos planteamos en este trabajo: ¿cómo rastrear e identificar las improntas o los indicios del acto de leer? ¿A qué documentación, casi inasible, se puede recurrir? Una breve lista tentativa y provisional es la siguiente: los avisos publicitarios de la prensa periódica, los registros de los usuarios en las bibliotecas (circulantes, públicas, populares, privadas, de préstamo, de instituciones oficiales y particulares, etc.), las «marcas y señales» (marginalia) en los comentarios de las lecturas dejados en los libros por los antiguos propietarios, los archivos aún inéditos de las editoriales y de las imprentas, los estudios de las representaciones lectoras en el vasto universo de las imágenes (pinturas, dibujos, grabados), el análisis de la «lectura y la escritura expuestas en las ciudades» (monumentos, avisos, afiches, panfletos, volantes, epitafios, grafitos), los repositorios documentales en los organismos públicos y particulares (academias, sociedades de fomento, asociaciones barriales, entidades de difusión cultural), la evolución histórica de los hábitos de lectura en las bibliotecas vinculadas con la enseñanza (primarias, secundarias, universitarias), el estudio de las ediciones destinadas a los sectores masivos y de consumo, los catálogos comerciales de las librerías, tan solo por mencionar unos pocos ejemplos (Parada, 2009: 32).

De modo que este tópico de extensión documental, pautado por el trabajo en común y diferenciado de varias disciplinas y por el reconocimiento de una masa de documentos originales, debe verse como uno de los principales aportes de la Historia de la Lectura a los estudios sobre los ámbitos del libro.

No obstante, la Historia de la Lectura tiene otras aristas aún más interesantes y que tal vez puedan influir en forma beneficiosa en la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Nos referimos, precisamente, al problema de la

periodización de esta última materia. En forma clásica y formal, la Historia del Libro siempre recurrió a la exposición cronológica, aplicándose al estudio del libro desde sus orígenes hasta su posterior desarrollo luego de la invención de la imprenta y en la Época Contemporánea. No se concebía, pues, otra forma de «narrar» su propia historia, que no fuera el discurso aceptado por las imposiciones de las cronologías historiográficas.

Pero la Historia de la Lectura permite otros enfoques más enriquecedores. Uno de ellos se centra en el cambio de las formas materiales de libro. Tal el caso de la revolución en las formas de leer que implicó el pasaje del rollo o volumen al códice. Varios autores han señalado, muy oportunamente, que la imprenta no fue, en sus comienzos, una separación de la producción manuscrita, sino más bien una continuidad de la «scribal culture» (Chartier, 1993: 25-26). Aunque otros, como Elizabeth Eisenstein (1994), no renuncian al carácter revolucionario de la imprenta. Lo cierto, es que el invento de Gutenberg no implicó una transformación en las formas de leer, sino una extraordinaria difusión y duplicación de la escritura impresa. El libro, en su estado corpóreo, durante un tiempo fue un «códice impreso». Por el contrario, la Historia de la Lectura nos señala que la aparición del códice en la Roma imperial de comienzos del Cristianismo, implicó un giro total en las formas de relacionarse y de usar los textos. En este contexto, la periodización que establece «la revolución del antes y después de la imprenta» no sería tan trascendental, pues el proceso de desarrollo del libro y del acto de leer tendría su ápice revolucionario en el pasaje del rollo al códice. Desde el presente punto de vista, esta periodización que plantea la Historia de la Lectura sería más rica y fructífera que la tradicional de la Historia del Libro centrada, exclusivamente, en la imprenta.

La Historia de la Lectura también aporta otras dimensiones periódicas antes desdeñadas. Tal es el caso de la reflexión sobre una nueva periodización de la Historia del Libro a partir de «las esferas del poder» (Martin, 1999). Armando Petrucci ha estudiado particularmente esta instancia de dominio de la lectura y la escritura como un ejercicio del poder (Petrucci, 2003 y 1999). Es posible, en este marco, analizar el proceso histórico del libro, por ejemplo, dentro de la revolución que implicó la pérdida gradual de la tutela religiosa sobre el universo manuscrito e impreso, ante el surgimiento de la laicización en la esfera pública del libro.

Otros investigadores han planteado la posibilidad de detenerse en un momento particular del desarrollo cultural de las civilizaciones: la transición de la lectura oralizada a la silenciosa (Cavallo, 1995). Un momento tan particular y singular que implicó la mutación en las formas de transmitir los textos y sus modos de apropiación. A todo esto, cabe la pregunta siguiente, ¿nos hemos detenido a meditar sobre las distintas imbricaciones que existen entre la oralidad, la escritura y la lectura? (Ong, 1993).

Estos ejemplos esbozan nuevamente la complejidad fenomenológica y material de la Historia del Libro que, sin duda, no debe limitarse a un mero registro cronológico para luego trasladarlo a la Bibliotecología (Smith, 1968). La

Historia de la Lectura, entonces, puede ser la puerta de entrada para rediseñar una nueva periodización de los estudios históricos del libro y de las bibliotecas. Una oportunidad para abandonar los formalismos de antiguas clasificaciones periódicas que, sin equívocos, han hecho de la Historia del Libro una materia ajena o, al menos, poco inclinada a la historia social del conocimiento y a la flexibilidad de pensamiento que implica la conciencia de una teoría comunitaria vinculada con el acontecer historiográfico (Burke, 2007 y 2002). Nos encontraríamos ante una historia del quehacer manuscrito e impreso de tonalidad «impensada» (Foucault, 1998: 318), donde los nuevos conceptos relacionados con la gestación de las civilizaciones (Elias, 1987), junto a lo que conlleva el acceso a un pensamiento sin estructuras preconcebidas y, por qué no, de cariz libertario (Feyerabend, 1986), incidirían en promover y alentar su indispensable e imprescindible relectura.

Durante el transcurrir de este texto se ha intentado exponer un conjunto de reflexiones de matices especulativos pero no por ello menos necesarios y vitales para nuestra profesión. Todavía resta el abordaje de aquello que se puede denominar como «lo utilitario», pues la razón de la existencia de los bibliotecarios se plasma, en su más esencial expresión, en la praxis diaria que se ejerce en ese mundo paralelo y exultante de realidad que llamamos «biblioteca».

De ahí que se impone retomar, en el contexto de una profesión señalada por su finalidad práctica, un último interrogante que ya se comentó en el inicio de esta exposición: ¿para qué le sirve la Historia del Libro al bibliotecario? Esta pregunta posee una larga data en nuestro campo de estudio y ha desvelado a muchos investigadores (Irwin, 1958; McMullen, 1952; Shera, 1966). Sin embargo, se trata de una asignatura que se basa en el reconocimiento de la alteridad histórica de aquellos que nos precedieron en nuestras funciones. Se trata de la materia de estudio que instrumenta el reconocimiento de las tareas bibliotecarias en un proceso de larga duración y que abarca varios milenios, porque desde que surgió la escritura existieron los archivos, las bibliotecas y los bibliotecarios. Si mañana o en un futuro próximo se expulsara definitivamente a esta disciplina de todas las carreras de Bibliotecología / Ciencia de la Información, la pérdida profesional sería inconmensurable, ya que olvidaríamos cómo llegamos a ser lo que hoy somos. Nuestras prácticas caerían en la categoría de lo inmemorial y, lo que resultaría peor, en el surgimiento de una pléyade de técnicos de otros ámbitos que, en poco tiempo, establecerían los mandatos y las decisiones que nosotros no supimos defender e imponer como ideas propias.

La Historia del Libro no es solo un tributo a otros pares que nos precedieron en la existencia, o un ejercicio de contención desesperado del olvido. Además, nos ayuda a comprender cómo los bibliotecarios del pasado tuvieron que enfrentar, al igual que nosotros en la actualidad, las diversas innovaciones técnicas que, partiendo de la sociedad, traspasaron los umbrales de las bibliotecas para asentarse en ellas definitivamente. Pues detrás de la aparente retórica que para algunos puede resultar un vicio romántico de arrastre de las Humanidades,

la Historia del Libro es de una contundencia práctica casi exasperante, ya que nos manifiesta, una y otra vez, las soluciones pragmáticas que implementó cada generación de bibliotecarios para responder a los problemas de registro, de organización, y de distribución de los documentos. La Historia del Libro, en esta nueva arista de pensamiento eminentemente útil, nos manifiesta que nuestro ejercicio no puede estar fuera del tiempo tecnológico en el cual se desarrolla. Y en este punto, el bibliotecario conocedor a fondo de la larga memoria de su historia está en una posición privilegiada para comprender el encuentro extraordinario entre la civilización impresa y la electrónica. La Historia del Libro siempre nos dice que las bibliotecas que fracasan son aquellas que se alejan de su época y que no asumen las innovaciones técnicas, pues estas son hijas fieles de su tiempo y no de un juego insustancial que se libró en un pasado remoto. Ellas toman para sí, en un momento dado de la actualidad, la compleja totalidad palpitante de su pasado, construyendo así, con el bagaje de lo pretérito, el sustento que les garantizará el pensamiento crítico del presente. Pues sin Historia es imposible que exista una actitud creadora de la vida en su constante aluvión de momentos que huyen hacia lo que fue. Entonces, siempre se debe sospechar del espejismo que fomentan algunos planes de estudio que dejan a un lado el pasado de la profesión en la formación de los futuros bibliotecarios por considerarlo inservible o banal. Esta posición, en definitiva, es una invitación a no-pensar, una oclusión rotunda y sin atenuantes de nuestra facultad de meditar seriamente nuestro acontecer como individuos que militamos en las Ciencias Sociales.

Uno de los problemas capitales de la Historia del Libro y de las Bibliotecas constituye, precisamente, «lo útil» que se presenta disfrazado de aparente vacuidad, pues es una signatura cuyo solapamiento entre la introspección pretérita, marcada por los procedimientos históricos, y el papel inapelable de la praxis profesional, suele llevarla a la encrucijada de caer en una constante necesidad de justificar su propia existencia y en la imperiosidad de proclamar, desde el llano, sus contenidos. Pero el dilema de la utilidad, en tanto itinerario e instrumento de reconocimiento social de un campo de estudio, también se encuentra en crisis en otros territorios fundacionales del pensamiento. Theodor W. Adorno, en su libro *Intervenciones*, ya había señalado «esta fatalidad» de la Filosofía que «ya no es cosa útil como técnica de dominio de la vida», ni «un medio de formación cultural» (Adorno, 1969: 9-10).

La Historia del Libro no escapa a esta situación, aunque con una intensidad mucho menor, ya que debe debatirse en esa puja constante entre la demanda de formularse interrogantes y conceptualizaciones sobre su corpus teórico, y el discurso sobre las prácticas que llevan desde la materialidad de los soportes hasta la organización de éstos para que sean un «objeto de lectura». En este caso, no debemos amilanarnos ante la dialéctica de la «manipulación pragmática de las cosas» y la vuelta a las ideas de esos entes corpóreos. Acaso

lo más interesante de esta asignatura se manifiesta en el reconocimiento de este juego de duplicidades. De todas maneras, y retomando a Adorno, lo importante de todo saber que pretende no quedar constreñido en el afán de dominio y sometimiento que impone el universo práctico a los objetos, es cultivar la crítica constante, «como una tentativa impotente del pensamiento para permanecer dueño de sí mismo», en un intento permanente de hallar un lugar donde respirar el aire fresco de un verdadero «refugio de la libertad» (Adorno, 1969: 15).

La ruptura de la linealidad de la concepción del tiempo es uno de los temas más importantes de la Historia y ha sido una oportunidad para la eclosión de diversas maneras de interpretar los nuevos imaginarios en cuanto a la ética y la posmodernidad que nos acosa. Una prueba de ello son los trabajos de los pensadores más influyentes en este tópico, tales como Jacques Derrida, Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard, Frank Ankersmit, David Harlan, Richard Evans, tan solo por mencionar a algunos de ellos.

Esto puede llevar a ciertas paradojas no menos reales, como el hecho de la existencia de nuevas modalidades de «vivir en el tiempo pero fuera de la historia» (Jenkins, 2006). Y esta característica de la modernidad, representada por una historia que construye su objeto de estudio desde otras miradas, también tiene su presencia en la Bibliotecología / Ciencia de la Información. Porque los bibliotecarios se han visto influidos por estos nuevos «usos» de la Historia. Un ejemplo de ello es el interesante aporte de Alistair Black, quien, desde las entrañas de nuestra profesión y centrado en la influencia decisiva de la Ciencia de la Información como garantía en la trasmisión de los conocimientos, plantea la necesidad de superar «el eclipse» de la *Library History* en pos de la gestación de un campo denominado *Information History* (Black, 1998 y 2006).

Como bien se puede observar, las crisis y las catarsis sucesivas en las cuales vive la Historia del Libro no se deben exclusivamente a la pujante irrupción de la Historia de la Lectura. El ambiente informático y el universo paralelo (casi sofocante) en que se cobija ese término tan general e impreciso llamado «información», ha coadyuvado a las relecturas sucesivas de esta asignatura, tanto desde fuera (la Historia Cultural) como desde dentro de la profesión (*Information History*). En esta instancia, lo seguro son las inseguridades recurrentes. El debate que debe zanjar la *Information History* es de otra índole y resulta de una limitación lingüística relacionada con el vocablo «*information*». Pues la información registrada no implica, necesariamente, el acceso al conocimiento. En esta cuestión la duda permanece palpitante: ¿*Information History* implica un texto histórico que deja a un costado la posibilidad de incursionar en el conocimiento? ¿Podemos hablar de la «Historia de la Información» sin proyectarnos a la «Historia del Conocimiento»? Quizás, en este caso, nuestra disciplina paga un oneroso tributo a su falta de Filosofía de la Información.

Al margen de algunas diferencias formales, el aporte de Black es profundamente innovador y, por sobre todo, una prueba de nuestras capacidades para pensar la Historia del Libro y de las Bibliotecas desde las representaciones mismas de la Bibliotecología, sin apelar a la ayuda reparadora de otras áreas con mayor prestigio académico, pues nadie puede dudar que la Bibliotecología, en el mundo moderno, es la encargada de imponer un orden a los libros (también a los no-libros) y a las diferentes categorías discursivas que relacionan la información con los hombres.

Por otra parte, el concepto de información se ha extendido hasta tal punto en la Bibliotecología que sus tautologías son recurrentes. Incluso en términos como «alfabetización informativa», que ilustran, de hecho, la lucha social contra la brecha electrónica, se pierde la noción de que la inclusión digital debe pasar necesariamente por la «alfabetización del conocimiento» (Felicé Soto, 2006; Castells, 2001; Dijk, 2005).

4. Conclusiones preliminares

Ahora bien, luego de pasar revista a la compleja situación que surge en el ubérrimo encuentro entre la Historia del Libro, la Historia de las Bibliotecas, la Historia de la Bibliografía y la Historia de la Lectura, urge el esbozo de algunas conclusiones preliminares.

Ante todo, es necesario puntualizar que, detrás de las concordancias o contradicciones de esta confluencia, sin duda, las formas de acceder a la Historia del Libro serán distintas a las implementadas hasta el momento. Metafóricamente no podemos ocultar el sol con las manos. Estamos inmersos en el vórtice de un gran cambio, a cuya espiral absorbente no podremos sustraernos. Los agentes, materiales y subjetivos, que le dan entidad al libro y a las bibliotecas ya son otros muy disímiles a los que conocimos en el ámbito tipográfico. El cambio se caracteriza por la multiplicidad de accesos y no por la exclusividad del libro. Soportes, materialidades, lectores, editores, autores, distribuidores, han socavado el «espléndido aislamiento» del libro. Incluso, tal como lo señala Steiner, las nuevas maneras de apropiarse de los textos cambiaron la idea de tiempo y de inmortalidad que conllevaba la elaboración y la lectura de una obra hacia el aspecto de la trascendencia (Steiner, 2000: 216-18). Esta temática nos lleva a abandonar, aunque sea circunstancialmente, una de las preguntas clave de la Filosofía en conjunción con la Crítica Literaria moderna: ¿qué es un autor? Para luego reemplazarla por otra más urgente que sugiere ¿qué es, en realidad o en no-realidad, un lector ante el umbral del libro? O en términos posmodernos, ¿qué es un discurso, impuesto en cualquier soporte, en el momento en que un lector pretende apoderarse de él?; es decir, ¿cómo y por qué arbitrio lo hace?

Esto implica que la enseñanza de dicho encuentro deberá tener en cuenta, entonces, la pluralidad de significados que subrayan la contemporánea convergencia entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura. Es oportuno

señalar, además, que la conceptualización de dicha integración se funda en la discrepancia por fomentar, a partir de ella, un itinerario de divergencia, en aras de ganar la propia identidad al tomar la alteridad como un elemento de enriquecimiento. Hablamos, pues, de confluencias en cuya urdimbre se cruzan e integran la cultura escrita, la civilización impresa, la morfología de los objetos encargados de su difusión, la subjetividad del creador como autor, la presencia irreducible y en prospectiva de la nueva textualidad electrónica, la intervención de los editores en el momento de la imposición de las palabras, la presión tenaz y polimórfica de los mercados de capital y sus modas, y el campo insondable de las emociones de los lectores (Chartier, 2008).

Indudablemente o, sin ser tan contundentes, dentro de los márgenes de lo que podríamos tildar como las tendencias historiográficas modernas, nos hallamos ante una situación pautada por el efecto de la transición de los antiguos a los nuevos códigos de significación. La Historia de Libro, en este modelo, se encuentra bajo la impronta de las «resignificaciones». En cierto sentido lato, la Historia de la Lectura pretende ser una relectura en diagonal de la Historia del Libro. Pues cuando el acto de leer, al igualarse con el autor como hacedor de la escritura, se encuentra en un marcado proceso de revisión y ya no hay duda de que «la lectura es un modo de acción» (Steiner, 1994: 31-33), es imposible dejar a un lado a la Historia de la Lectura como copartícipe insoslayable de la Historia del Libro.

Entretanto, mientras se produce esta especie de articulación dinámica entre ambas disciplinas (acoplamiento y reconfiguración cuyo resultado final ignoramos), sería más oportuno no afirmar enfáticamente que nos hallamos ante el pasaje de la Historia del Libro a la Historia de la Lectura. Podríamos echar mano al lenguaje (un lenguaje deliberado o impuesto que ejerce su imperio en los hombres y el nombre de las cosas) y tratar de abolir la preposición «a», que en este caso particular connota el pasaje de un campo ya pasivo a otro dominante (la Historia de los lectores) y optar por la preposición «con», de intencionalidad inclusiva, y cuya evocación está conjuntamente y en compañía de otros. De modo tal que estaríamos en condiciones de hablar de una **Historia del Libro con la Historia de la Lectura**.

Pero si esta denominación no nos satisface, podríamos apelar a la comprensión histórica de que todo proceso de transición representa la interrelación entre el cambio y la tradición. Y posiblemente sería de gran utilidad y, por qué no, de honestidad académica, llamar a esta «napa o estrato de transición», en la cual hoy nos hallamos, con la designación provisoria de **Nueva Historia del Libro**. Una denominación que carece del aliento divino de lo original, pero que se fundamenta en la complejidad de los lenguajes históricos que reunió Hunt (1989) para definir el título de su libro: *New Cultural History*. Ciertamente, una aproximación modesta y poco novedosa, pero que conlleva el beneficio de representar una situación aún no saldada ni definitiva entre la Historia del Libro

y la Historia de la Lectura. Un lugar donde todas las nuevas significaciones estén presentes en los avatares posmodernos del libro, los lectores, y las migraciones textuales en sus diversas morfologías.

La cuestión se centra en una estrategia aglutinante: en conciliar la tradición con el cambio. Pero no una conciliación estéril donde los grupos de poder tratan de imponer su dominación uniforme y sus sistemas cerrados, sino el aliento por identificar los conceptos que Pierre Bourdieu definió como *habitus*, espacio social y campo. Es decir, palpar esa búsqueda que nos llevará al nudo que articula las prácticas de los hombres en un lugar y en un espacio social de alta complejidad, creando así un modo distinto de ver la realidad y, en consecuencia, de incursionar en el estudio de la Historia Social de las Ciencias Sociales, de la cual forman parte la Bibliotecología / Ciencia de la Información y la Historia del Libro (Martínez, 2007).

La Nueva Historia del Libro, en esta intrincada encrucijada, debería mudar muchas de sus antiguas prácticas y concepciones para sobrevivir como disciplina. Su feraz imbricación con la Historia de la Lectura, necesariamente, le aportará el pensamiento cualitativo y la incorporación de la sensibilidad de los lectores. Pero también tendrá la oportunidad de instrumentar «las distintas voces y los silencios ocultos» que hasta ahora no han sido develados por aquellos que detentan el discurso tradicional en la historia de los libros. Tomar la conocida expresión de Walter Benjamin y así, con fruición creativa, pasar «el cepillo a contrapelo» a esos textos cargados de tradición. De modo que la garlopa recupere la escoria de las virtudes de otros hablantes y decires, para liberar a los documentos de la «barbarie» aceptada en su proceso de transmisión (Benjamin, 1996). Donde el nuevo historiador del libro debe descubrir críticamente las conexiones «olvidadas» entre el pasado y el presente, para capturar, como un cazador primigenio, fuera de la historia heredada como la formalmente correcta, las palabras de los pasados abolidos y vencidos, en un intento de redimir los hechos y los hombres desclasados. Hacer, pues, de este acto de deconstrucción consciente, el intento de una nueva construcción abierta e inédita.

En este intento o programa de trabajo de la Nueva Historia del Libro, que sin duda consiste en «apostar a su trascendencia» como campo de estudio, es necesario también llevar a cabo una relectura de la Historia de la Cultura. Pues su territorialidad ya consiste en una amplia geografía en constante expansión vital, que amenaza con ahogar otros modos de hacer la Historia. Ya se ha citado la cuestión del relativismo cultural, que no es menos autista en la actualidad como en su época lo fueron el positivismo, el historicismo, y el marxismo de manual escolar o vulgar. Quizá ha llegado el momento de que el aporte de la Historia de la Lectura a la Nueva Historia del Libro rescate y valore los usos de la Historia Política y de la Historia de las Instituciones. La búsqueda de ese equilibrio perdido, basado en la revaloración de la Historia Política desde la esfera de la lectura, será fundamental para la mejor comprensión de esa relación, indefinible

e inevitable, que se establece entre el texto y el lector. Un vínculo, por encima de todo, de características entrañables entre «el placer del texto» y el goce inasible de la lectura (Barthes, 2008).

Tampoco debemos pensar que dicha revalorización de la dimensión política se basa en «aniquilar toda huella emocional» (Adorno, 1975: 138-9) porque, al final del sendero, siempre será oportuno volver a la fantasía como residencia de la creación, ya que ella, contrariamente a lo pensado, es la base que valida nuestra relación con los objetos y nuestra capacidad para emitir juicios y acceder al conocimiento en sí mismo.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor W. 1969. ¿Para qué aún la Filosofía? En su *Intervenciones: nueve modelos de la crítica*. Caracas: Monte Ávila Editores. 161 p.
- Adorno, Theodor W. 1975. *Mínima moralía*. Caracas: Monte Ávila Editores. 271 p.
- Barthes, Roland. 1987. *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona; Buenos Aires: Paidós. 357 p.
- Barthes, Roland. 2008. *El placer del texto; seguido de Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina. 116 p.
- Benjamin, Walter. 1996. *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la Historia*. Santiago de Chile: LOM-Universidad Arcis.
- Black, Alistair. 1998. *Information and Modernity: The History of Information and the Eclipse of Library History*. En *Library History*. Vol. 14, 39-45.
- Black, Alistair. 2006. *Information History*. En *Annual Review of Information Science and Technology*. Vol. 40, 441-473.
- Bloor, David. 1991. *Knowledge and Social Imagery*. 2th. ed. Chicago; London: The University of Chicago Press. 203 p.
- Budd, John M. 2004. *Academic Libraries and Knowledge: A Social Epistemology Framework*. En *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 30, no. 5, 361-367.

- Burke, Peter, ed. 1993. Formas de hacer historia. Madrid: Alianza. 313 p.
- Burke, Peter. 2002. Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot. Buenos Aires; Barcelona: Paidós. 321 p.
- Burke, Peter. 2007. Historia y teoría social. Buenos Aires: Amorrortu. 312 p.
- Castells, Manuel. 2001. La galaxia Internet: reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad. Barcelona: Plaza & Janés. 316 p.
- Cavallo, Guglielmo, dir. 1995. Libros, editores y público en el Mundo Antiguo: guía histórica y crítica. Madrid: Alianza. 171 p.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. 1998. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus. 585 p.
- Chartier, Roger. 1993. De la Historia del Libro a la Historia de la Lectura. En Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza. p. 13-40.
- Chartier, Roger. 1999. El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Chartier, Roger. 2008. Escuchar a los muertos con los ojos. Buenos Aires: Katz. 86 p.
- Chartier, Roger. 2010. «Las nuevas tecnologías se acercan al siglo XVI y XVII» [Entrevista con el historiador Roger Chartier, por Silvina Frieria]. En *Página/12: Cultura & Espectáculos*. Buenos Aires, domingo 13 de junio de 2010.
- Cue, Alberto, ed. 1999. Cultura escrita, literatura e historia: coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier. México: Fondo de Cultura Económica. 271 p.
- Darnton, Robert. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed... [et. al.]. Formas de hacer Historia. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- Darnton, Robert. 1998 [1984]. La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 247 p.
- Dijk, J. A.G.M. van. c2005. The Deepening Divide: Inequality in the Information. Thousand Oaks, Calif.: Sage Pub. 240 p.
- Egan, Margaret E. y Jesse H. Shera. 1952. Foundations for a Theory of Bibliography. En *Library Quarterly*. Vol. 44, 125-137.

- Eisenstein, Elizabeth L. 1994. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal Ediciones. 280 p.
- Elias, Norbert. 1987. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: F. C. E. 581 p.
- Escarpit, Robert. 1968. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza. 205 p.
- Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. 1958. *L'apparition du livre*. Paris: Éditions Albin Michel. 557 p. Versión en español: Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. 2005 [1962]. *La aparición del libro*. Traducción de Agustín Millares Carlo. 3ª. ed. México: Fondo de Cultura Económica. 515 p.
- Felicié Soto, Ada Myriam. 2006. *Biblioteca pública, sociedad de la información y brecha digital*. Buenos Aires: Alfagrama. 254 p.
- Feyerabend, Paul. 1986. *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos. 319 p.
- Foucault, Michel. 1998. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. 26.ª ed. México: Siglo Veintiuno Editores. 375 p.
- Frisby, David. 1992. *Fragmentos de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor. 500 p.
- Fukuyama, Francis. 1992. *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press; Toronto: Maxwell Macmillan Canada; New York: Maxwell Macmillan International.
- Gadamer, Hans-Georg. 1984. *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme. 687 p.
- Geertz, Clifford. 1990. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa. 387 p.
- Ginzburg, Carlo. 1999 [1976]. *El queso y los gusanos*. 3ª. ed. Barcelona: Muchnik. 251 p.
- Ginzburg, Carlo. 2004. *Tentativas*. Rosario, Argentina: Prohistoria ediciones. 242 p.
- Ginzburg, Carlo. 2010.[2006]. *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: FCE de Argentina. 492 p. [Véase especialmente el capítulo XIII: «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella» (p. 351-394)].
- Harris, Michael H. y Stanley Hannah. 1992. *Why Do We Study the History of Libraries? A Meditation on Perils of Ahistoricism in the Information Era*. En *Library and Information Science Research*. Vol. 14, no. 2, 123-130.

- Harrison, K. C. 1994. Why Library History? En *Library Review*. Vol. 43, no. 8, 9-13.
- Hunt, Lynn Avery, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press. 244 p.
- Irwin, Raymond. 1958. Does Library History Matter? En *Library Review*. Vol. 16, 510-513.
- Jenkins, Keith. 2006 *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*. México: Fondo de Cultura Económica. 384 p.
- Lipsius, Justus. 1907 [1607]. *A Brief Outline of the History of Libraires*. Translated from the second edition (Antwerp: The Plantin Press John Moretus, 1607). Chicago: A. C. McClurg. 121 p.
- Mackenzie, Donald y Judy Wajcman. 2002. *The Social Shaping of Technology*. Buckingham, Philadelphia: Open University Press. 462 p.
- Marrou, Henri-Irénée. 1985. *Del conocimiento histórico*. Buenos Aires: Per Abbat Editora. 247 p.
- Martin, Henri-Jean. 1999. *Historia y poderes de lo escrito*. Gijón: Ediciones Trea. 526 p.
- Martin, Henri-Jean y Roger Chartier. 1983-1986. *Histoire de l'édition française*. Paris: Promodis. 4 v.
- Martínez, Ana Teresa. 2007. *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires: Manantial. 362 p.
- McKenzie, Don. F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal. 143 p.
- McMullen, Haynes. 1952. Why Read and Write Library History? En *Wilson Library Bulletin*. Vol. 26, no. 5, 385-386.
- Naudé, Gabriel. 1963 [1627]. *Advis pour dresser une bibliothèque* (Paris: François Targa, 1627). Leipzig: VEB. 148 p.
- Ong, Walter J. 1993. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 190 p.
- Parada, Alejandro E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. 343 p.

- Petrucci, Armando. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa. 319 p.
- Petrucci, Armando. 2003. *La ciencia de la escritura: primera lección de Paleografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 155 p.
- Romanos de Tiratell, Susana. 2002. Profesión e investigación ¿puestos o complementarios? En *Palabra clave*. p. 99-112. (Edición especial: la Bibliotecología en los umbrales del siglo XXI. Actas de las Jornadas conmemorativas del 50º Aniversario de la Carrera de Bibliotecología. La Plata, 13 al 17 de septiembre de 1999).
- Sabor, Josefa E. 1979. *Manual de fuentes de información*. Prefacio de Roberto Juarroz. 3ra. edición corregida y aumentada. Buenos Aires: Ediciones Marymar. 351 p.
- Shera, Jesse H. 1966. Without Reserve: What the Historian Has Been Missing. En *Wilson Library Bulletin*. Vol. 40, no. 7.
- Smith, Josephine Metcalfe. 1968. *A Chronology of Librarianship*. Metuchen, N.J.: The Scarecrow Press. 263 p.
- Steiner, George. 1994. *Lenguaje y silencio. Ensayo sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona: Gedisa. 400 p.
- Steiner, George. 2000. *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora. 261 p.
- Warner, Julian. 2001. *Information, Knowledge, Text*. Lanham, Maryland, and London: The Scarecrow Press. 150 p.
- Ziman, John M. 1968. *Public Knowledge: An Essay Concerning the Social Dimension of Science*. Cambridge: Cambridge University Press. 153 p.